

El diablillo de la intertextualidad

Bestias. Once cuentos

GABRIELA A. ARCINIEGAS

Laguna Libros, Bogotá, 2015, 122 pp.

HABLAR DE demonios es muy pertinente cuando se trata de reseñar un libro inscrito en el género de terror, como *Bestias*, los cuentos de la bogotana Gabriela A. Arciniegas, en los que monstruos, engendros, peces humanizados, licántropos, seres en transformación o insectos en rebeldía protagonizan situaciones que ponen en evidencia, más que su condición de bestias, lo bestial que hay en nosotros los seres humanos. Se trata de once relatos fantásticos en los que rondan algunos demonios. El primero que aparece amenaza con frecuencia a los libros de cuentos: todas las piezas (y si no, la mayoría) deben tener un nivel similar de complejidad y originalidad, una misma calidad y dimensión estética, para que se logre armonía en el todo, unidad.

Los cuentos de *Bestias* son irregulares. En algunos hay planteamientos y desarrollos creativos e inteligentes, especialmente en los más breves: “Blatta”, “Pupila” y “La lengua de los ángeles”. En ellos la autora consigue mantener la tensión dosificando los datos y construye historias en las cuales el lector debe completar, terminar de armar, hacer inferencias, cocrear. En los más extensos da vida a mundos y personajes misteriosos, casi míticos... sin embargo, la tensión se dispersa o terminan prometiendo más de lo que entregan.

Pero el diablillo que quiero exorcizar aquí es uno muy poderoso: la intertextualidad. Algunos elementos de *Bestias* me han recordado el universo literario de la escritora norteamericana Patricia Highsmith, maestra del género de terror, a quien Graham Greene prefiere llamar “poetisa de la aprensión y el recelo”. A tal punto llegó la evocación que, durante la lectura de los relatos de Gabriela A. Arciniegas, deseé constantemente cerrar el libro e ir a la biblioteca a buscar *Crímenes bestiales* (*The Animal Lover's Book of Beastly Murder*), para releer los cuentos de Highsmith y asombrarme de nuevo ante las revelaciones que

hace en ellos sobre la crueldad de la que somos capaces los seres humanos, la soberbia que nos enceguece y la pesadez de nuestras pasiones... todo iluminado por la mirada de aquellos a quienes, desde el paradigma que nos sitúa en la cúspide de la pirámide evolutiva, llamamos bestias.

La intertextualidad, ese “conjunto de relaciones que guarda un texto respecto a otro u otros, tanto en el plano del creador como en el del lector” (para citar su más sencilla definición, la que hacen Manue Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos en su *Diccionario del español actual*), se interpuso en mi lectura de *Bestias*. Se trata de una coincidencia entre dos escritoras de épocas y lugares diferentes, y se explicaría por el hecho de que ambas pertenecen a una tradición literaria y están ineludiblemente enmarcadas y determinadas por ella, lo mismo que yo, desde mi posición de lectora. Por esa razón, no puedo dejar de “contaminar” la lectura de *Bestias* con mi admiración por la obra de Highsmith.

El título del libro de Arciniegas es un guiño, llamado o alerta a los lectores que hemos leído con sufrimiento compasivo las historias de venganza, legítima defensa y rebeldía que protagonizan los animales de *Crímenes bestiales*. Igualmente, el subtítulo, “Once cuentos de Gabriela A. Arciniegas”, evoca aquel *Once* (*Eleven*), título bajo el cual se publicó otra colección de relatos de la norteamericana. Además, *Bestias* y *Crímenes bestiales* son libros de cuentos con unidad temática: en ambos, todos los relatos son protagonizados por bestias (toro, mariposa, insectos, pez, hombre-lobo, cucaracha; elefante, camello, perro, gato, rata).

Hay más: el cuento que inaugura el bestiario de Arciniegas, “La ira”, comparte el tema y el tratamiento formal de varios relatos de *Crímenes bestiales*, especialmente de “La absolutamente última actuación de Corista”, donde una elefanta cuenta su historia, cómo vive en cautiverio, la relación que tiene con el público y con sus domadores y cómo mata al último de ellos porque la maltrataba. Algo similar ocurre en “La ira” de Arciniegas: desde el punto de vista de un toro, se narran la cotidianidad de una ganadería, la crianza del animal, su sufrimiento o perplejidad ante el mundo de los “Señores”, y

el desenlace de la fiesta brava, en este caso trágico para el torero porque, al igual que en los relatos de *Crímenes bestiales*, el ser humano que somete, adiestra, tortura, domestica, humilla, maltrata al animal, es víctima de la fuerza defensiva de este, arrasadora en su inocencia y amoralidad.

En la misma línea, en “Conjurados” de Arciniegas, los insectos se toman el mundo de los “colosos” y acaban con la plaga humana. La Gran Reina proclama el triunfo así: “Atención, atención, la infestación ha sido reducida. Repito, la infestación ha sido reducida. Mañana deben quedarse en sus casas durante la fumigación. Repito, no salgan hasta nuevo aviso. Esta vez sí acabaremos con la plaga. Insectos, el mundo es nuestro como hace milenios lo fue” (p.77). La tensión entre los humanos y los demás seres del reino animal es otra vez la idea central compartida por una pieza de *Bestias* y las de *Crímenes bestiales*.

Pueden rastrearse otras similitudes entre el terror de Patricia Highsmith y el de Arciniegas. Baste, por ejemplo, esta: recurrir a la repulsión como mecanismo activador del miedo y del recelo. Entonces, sentimos asco en “Rocío”, uno de los relatos de la bogotana, cuando brota baba por los poros de la protagonista mientras se transforma en una horrorosa crisálida; o en “Teratoma”, cuando un tumor adquiere vida y se convierte en bebé-monstruo-genio. Una repulsión similar a la que experimentamos ante los caracoles pegajosos del famoso señor Knoppert de Highsmith.

La intertextualidad no es un problema o defecto. Por el contrario, muchas veces puede ser un acierto, un recurso para homenajear una obra admirada o para “conversar” con un autor querido. Realmente, es un fenómeno que establece un diálogo entre obras y enriquece la creación y la lectura. Pero en la intertextualidad coexisten al menos otros dos demonios. Uno es que el lector considere que la obra no está a la altura de la que la antecede, o que no la supera. La evocación táctica o explícita implica que el lector compare. Si la nueva creación no hace aportes, aquel preferirá leer y releer la original, y esta evidenciará todos los defectos y carencias de la obra que ha nacido bajo su influjo. ¡Muy grande es

| RESEÑAS | | CUENTO |
|---|--|--------|
| <p>Patricia Highsmith y muy exigente la intertextualidad!</p> <p>El otro demonio campea en los terrenos de la originalidad. La relación entre la nueva creación y la obra que la precede debe ser, ojalá, consciente, equilibrada y creativa. Que la cantidad de textos incluidos en <i>Bestias</i> sea la misma que en <i>Once</i> de Highsmith y que el título de ambas obras llame la atención sobre ese número; que los relatos de <i>Bestias</i> y de <i>Crímenes bestiales</i> estén inscritos en el género de misterio y terror; que los dos libros tengan unidad temática y por protagonista a un engendro o bestia; y que se utilicen, en algunos de los cuentos de Arciniegas, mecanismos similares a los que usó la escritora norteamericana, son muchos elementos en común y establecen una relación intertextual muy fuerte entre ambas obras en lo que tiene que ver con la concepción de su estructura, género y temáticas. Tal vez ello explique por qué el libro de Arciniegas me expulsó de su universo y me arrojó a los infiernos de Patricia Highsmith.</p> <p>La diferencia más importante entre las obras de las dos escritoras se halla en el nivel de realidad. Los relatos de <i>Bestias</i> son fantásticos; sus protagonistas y situaciones son extraños, insólitos, míticos, y en ello radica parte de su fuerza terrorífica. Es su condición de engendros la que genera vacilación en el lector, esa sensación de inseguridad propia del género de terror. En la obra de Highsmith el nivel de realidad es otro: aunque sus animales narren en primera persona, “hablen”, es sobre todo la presencia de la “realidad real”, sus ambientes claustrofóbicos y sus seres anodinos y corrientes, la que intimida.</p> <p>Exorcizado el diablillo intertextual, debo advertir que el cuento más inquietante de <i>Bestias</i> no está entre las páginas del libro. Ha tratado de escapar y ponerse a salvo de los demonios y las exigencias utópicas de originalidad. Está en la contraportada. Es un cuento breve y produce pavor por lo que insinúa y sentencia. Abre la puerta a la especulación aprensiva. Promueve la lectura de los relatos para que, con la comprensión que nos ofrece la ficción, podamos protegernos, ojalá hasta de la bestia que hay en nosotros mismos. Es una amenaza: “Somos muchos. Tenemos hambre. Estamos</p> | <p>en todas partes. A la humanidad no le va a alcanzar el tiempo para comenzar a entendernos. Somos bestias”.</p> <p style="text-align: center;">Luz Ofelia Jaramillo</p> | |